

## Imágenes interpelantes de un espejo retrovisor

Son muchos los recuerdos, las ideas, las controversias, los sentimientos y los cuestionamientos que se agolpan en la mente y en el corazón, cuando se me pide escribir unas palabras sobre la Comunidad de Paz de San José de Apartadó al filo de sus 10 años de existencia. Dudo si encuadrar esos trazos de memoria en marcos analíticos, políticos, jurídicos o sociológicos, o en marcos existenciales y testimoniales. Opto por esto último.

Las primeras imágenes que vienen a mi memoria son las de aquel ambiente de terror que se vivía en el poblado de San José de Apartadó cuando tuve mis primeros contactos con ese conjunto humano, en los últimos meses de 1996. Un amigo que me acompañó en una de las visitas, me decía: *“aquí el terror es algo físico; el aire mismo que se respira es tan denso que podría cortarse en tajadas con un cuchillo”*. Por aquellos meses apenas se discutía en pequeñas asambleas una idea aportada por el primer Obispo de Apartadó, Monseñor Isaías Duarte Cancino, quien ya no estaba allí, de hacerse visibles como *comunidad neutral* en medio del conflicto, para intentar así hacer respetar sus derechos como población civil no combatiente. Aquellas asambleas se desarrollaban en la capilla católica, con escasa concentración mental de los asistentes, ya que todo el mundo miraba de reojo continuamente por las rústicas ventanas para cerciorarse de que no estaban rodeados por algún actor de la guerra. En una ocasión en que yo los acompañaba, la asamblea se disolvió traumáticamente cuando un contingente de la guerrilla atravesó el poblado frente a la capilla y avanzó hacia el lugar donde los paramilitares tenían un puesto de control en la misma carretera. Todos creímos que el combate nos iba a envolver a todos, aunque no fue así. Se enfrentaron por la noche en una población cercana y allí hubo 9 muertos.

Entrar en contacto físico con una guerra lleva necesariamente a hacerse muchos cuestionamientos profundos y comprometedores, ya que los sentimientos impiden abordar los hechos y las personas con miradas frías y desapasionadas. En muchas horas de conversación en aquellas humildes viviendas, al ritmo de tazas de café y acosado por el intenso sudor que produce aquel clima tropical en las estribaciones más bajas de la Serranía de Abibe -una cadena de montañas marcada históricamente por una fuerte intensidad bélica que ha ensangrentado por años sus suelos cuajados de feraz y hermosa biodiversidad- aprendí muchas cosas, pero más que los datos fechados, situados y personalizados, que me sirvieron de todos modos para iniciar registros minuciosos de todas las formas de violencia que allí se dan y convertirlos en denuncias más técnicas, era imposible sustraerse a ese embrujo sutil que ejercen sobre la conciencia moral quienes desafían la muerte y el sufrimiento desde unos valores que ni siquiera se

expresan en el lenguaje directo sino en multitud de expresiones icónicas y relatos vivenciales conmovedores, a través de los cuales el misterio de la vida y de la muerte interpela, en sus estratos más profundos, el sentido del vivir y las opciones éticas de cualquier interlocutor.

Una de las primeras discusiones que se desarrollaron, no sin fuertes dosis de sentimiento, fue acerca de la *neutralidad*. Yo vivía rodeado por ambientes, principalmente eclesiásticos, donde la presión por la neutralidad se imponía de mil maneras. Pero a medida que la barbarie y el dolor se revestían de rostros, de nombres, de lágrimas y sangre, un sentimiento profundo hacía añicos persistentemente mis formales neutralidades. El conflicto moral explotó en una ocasión en que miembros de la comunidad fueron invitados a una reunión en Apartadó, en la cual participarían delegados de otras comunidades cansadas de ser involucradas a la fuerza en la guerra y que simpatizaban con un movimiento de neutralidad que ya iba tomando fuerza. El Gobernador del Departamento de Antioquia en cuya jurisdicción se encontraba San José de Apartadó, Álvaro Uribe Vélez, quien más tarde se convertiría en Presidente de Colombia (2002 – 2010), asistió a dicha reunión y propuso que se adoptara su concepto y programa de “*neutralidad activa*”, consistente en una ruptura con las guerrillas mediada por una alianza entre la población civil y el ejército oficial. Nadie ignoraba ya entonces que el ejército contaba desde décadas atrás con un brazo auxiliar de población civil armada –los paramilitares– que es utilizado para realizar las acciones más criminales y bárbaras de la guerra, para que quede a salvo la “legitimidad” del Estado al atribuirle sus crímenes a grupos compuestos por personal “anónimo” y “al margen de la ley”. La reacción enérgica de todos los participantes llevó al Gobernador a retirarse de la reunión con odio concentrado, que luego desplegaría desde el poder contra las comunidades de paz, pero al mismo tiempo nos obligó a abandonar el lenguaje de la neutralidad y a adoptar el de *comunidades de paz*. La Constitución colombiana de 1991 había incorporado un artículo (el 22) en el cual la Paz se considera “*un derecho y un deber de obligatorio cumplimiento*”. Había un consenso en que una “paz” armada no podría jamás llamarse paz.

El nuevo Obispo de Apartadó había programado para el 23 de marzo de 1997 la proclamación pública de la Comunidad de Paz de San José, para aprovechar la presencia en la zona de un grupo de parlamentarios de Holanda y así darle un cierto carácter internacional a la ceremonia. Yo me opuse, pero finalmente no pude convencer al Obispo y a sus asesores. Me asaltaba el temor de que aún faltaba una mayor asimilación por parte de los pobladores de lo que significaba una comunidad de paz, y tampoco los acompañantes habíamos previsto posibles reacciones violentas en las fuerzas armadas y en los paramilitares ni está-

bamos preparados para enfrentarlas. Los temores se hicieron realidad, pues tres días después de la ceremonia de proclamación que fue el Domingo de Ramos, comenzaron bombardeos en la mayoría de los núcleos rurales, desplazamientos masivos y agresiones violentas que destruyeron numerosas vidas. Raras veces se había visto una unidad de acción tan atrevida y pública entre el ejército y los paramilitares. Todo se hizo y se ha continuado haciendo hasta ahora conjuntamente, sin pudor alguno.

En las semanas que siguieron, el núcleo urbano de San José se llenó de desplazados que venían de todos los núcleos rurales. Al terror se sumó el hambre y enfermedades que nos mostraban cómo la angustia psíquica se proyecta en lo fisiológico. En esos días un grupo de líderes me enfrentó con energía y me puso ante un difícil dilema: si ustedes se comprometen a acompañarnos día y noche, habrá un grupo grande de campesinos que resistiremos al desplazamiento; pero si ustedes se van, la gran mayoría de nosotros se desplazará. Consulté con el comité operativo de la Comisión Intercongregacional de Justicia y Paz y con el grupo de acompañantes que teníamos en Turbo y un grupo se ofreció a vivir de manera permanente en San José. La suerte estaba echada y la resistencia fue el gran reto para todos.

Los meses y los años se fueron sucediendo marcados por la creatividad y el coraje de aquellos campesinos que tuvieron que irse acostumbrando a vivir de otra manera en medio de una guerra despiadada. La construcción de un Reglamento que fue como la Constitución de la Comunidad de Paz y que fue elaborado letra por letra con la participación y el compromiso de todos, le fue dando a la Comunidad de Paz un carácter de experiencia política inédita. En años pasados su compromiso político se expresaba en el apoyo electoral a los candidatos de las coaliciones de centro izquierda que se fueron conformando, pero los baños de sangre en que fueron exterminados todos esos movimientos nacionales los fueron dejando huérfanos y sometidos a las políticas de exterminio con que el Establecimiento colombiano le ha ido cobrando a los sectores disidentes el haber apoyado propuestas alternativas al Statu quo. Ahora, la orfandad política nacional los retaba a construir un pequeño mundo alternativo, a partir de unos principios de solidaridad que los cohesionaban como comunidad en medio de actores armados que continuaban forzándolos a entrar en la guerra como combatientes.

Nunca entendieron la Paz como pasividad, sometimiento o resignación. Su concepto vivencial de la Paz estuvo siempre ligado a la reivindicación de sus derechos, a las exigencias de justicia y verdad frente a todas las agresiones, a la denuncia y visibilización de todas las injusticias y violencias con que el Estado y el

Establecimiento han pretendido exterminarlos, a la conquista de autonomías que les permitan construir desde ellos mismos estructuras económicas solidarias, decisiones razonadas y participadas, defensa de sus principios y recuperación de la dignidad y la memoria de sus víctimas.

Todo esto ha sido construido en medio de baños de sangre. Nunca podré olvidar un episodio de los primeros meses que me dejó una herida profunda en la memoria. Aquel día presioné a los acompañantes de la Comunidad para que se desplazaran hasta la ciudad de Turbo donde debíamos evaluar el acompañamiento. Frente a sus objeciones, les prometí que en la tarde podrían regresar a la Comunidad de Paz. Antes del mediodía, una llamada telefónica a nuestro sitio de reunión hizo anegar en llanto a una de las acompañantes, mientras uno de los líderes de la Comunidad me reclamaba por el teléfono haberlos dejado solos aquel día. El cadáver de otro de los líderes estaba tendido en la carretera, pues había sido obligado a descender del vehículo en el retén paramilitar donde lo habían asesinado a la vista de todos. Era Francisco Tabarquino, padre de 5 niños, quien pocos días antes había salvado su vida luego de varias horas de tortura, cuando los paramilitares se pasaban uno a otro el cuchillo con que lo iban a degollar en presencia de su esposa y de sus niños.

Otro día fue la guerrilla la que sacrificó la preciosa vida de Ramiro Correa y de otros dos líderes de la Comunidad de Paz: Fernando Aguirre y Luis Fernando Espinosa. En aquellos días de terror, la comunidad organizaba grupos que salían al despuntar el sol para poder sembrar o cosechar alimentos en las fincas abandonadas, y regresaban al atardecer, todos unidos de las manos para protegerse. En aquella zona de conflicto todos los actores armados merodeaban y la guerrilla no podía aceptar que la comunidad se negara a venderle alimentos, como lo hacía con cualquier actor armado, según sus principios. Cuando los miembros del grupo que regresaba de una finca, en el atardecer de aquel 6 de octubre de 1997, vieron que los guerrilleros llamaron a los tres líderes, nunca se imaginaron que los fueran a matar. Al otro día, sin embargo, los encontraron sin vida.

No fue fácil hacerle entender a la guerrilla que obligar a campesinos indefensos a participar en la guerra con cualquier tipo de apoyo, reñía con sus mismos principios de búsqueda de emancipación de los empobrecidos y oprimidos, pero a fuerza de reproches a sus incursiones intolerantes, fueron respetando progresivamente las opciones de la Comunidad de Paz, sin que los conflictos hayan terminado totalmente.

En los diez años transcurridos, los fantasmas de las víctimas se agolpan dolorosamente en la memoria. La Comunidad me ha confiado llevar los casos ante organismos internacionales y nacionales, pero con plena consciencia de que allí solo se cosecha impunidad. No obstante, cumplo el papel que me han encomendado de dejar constancias históricas en todas las instancias de justicia, para que nunca se nos acuse de haber invisibilizado a nuestras víctimas ni de haber sepultado su memoria en el silencio ni de haber dejado de reivindicar su dignidad. Hemos registrado 174 asesinatos, 22 de ellos perpetrados por grupos guerrilleros y 154 por agentes del Estado. Hemos denunciado cerca de 600 Crímenes de Lesa Humanidad con que el Estado ha tratado de destruir a toda costa la Comunidad de Paz, consistentes en bombardeos indiscriminados contra poblaciones civiles; ejecuciones extrajudiciales; desapariciones forzadas; abusos sexuales y violaciones a mujeres; desplazamientos forzados; pillajes de los bienes elementales de subsistencia de los campesinos, especialmente de sus animales de carga sin los cuales no pueden comercializar sus productos; robos de herramientas y enseres domésticos; incineración de viviendas y de cultivos; ocupación de viviendas de los desplazados; detenciones arbitrarias e ilegales; allanamientos ilegales y ocupaciones violentas de predios; montajes judiciales apoyados en testigos falsos; amenazas; ataques a mano armada para apoderarse de los fondos económicos de solidaridad de la comunidad; robo del computador de la comunidad donde almacenaba sus mismas denuncias, así como muchas otras acciones criminales que han llegado hasta la destrucción de un monumento en memoria de las víctimas.

Este acompañamiento a la Comunidad de Paz me ha hecho encontrar cara a cara con las ficciones de justicia que bloquean con la impunidad absoluta todos los intentos de verdad, sanción, corrección y reparación de los crímenes e ilegítiman profundamente al Estado. No han valido las intervenciones de la Comisión y de la Corte Interamericanas de Derechos Humanos ni los llamados a la Corte Penal Internacional. La única respuesta infalible a toda demanda de justicia es la impunidad y la indolencia. Pero todos estos procesos no ocurren sin dejar huellas profundas en la Comunidad de Paz y sin afectar el desarrollo de su caminar histórico. Ante el fracaso de todos sus llamados a los órganos del Estado para superar la impunidad, la Comunidad ha optado por no colaborar más con una justicia que ha llegado ya a un colapso ético irreversible. Para quienes ven en la Comunidad un modesto modelo alternativo de construcción política, es claro que las estructuras de la justicia están exigiendo ser reinventadas desde un punto cero.

Ha sido hermoso y estimulante ver crecer humanamente a los y las líderes de la Comunidad de Paz y su relevo progresivo por generaciones jóvenes que van

tomando en sus manos el compromiso con principios innegociables. Uno de los líderes que más huellas dejaron en mi memoria fue Luis Eduardo Guerra. No tuvo estudios, como él lo repetía constantemente, pero fue un autodidacta. Se fue convirtiendo en un patriarca, a pesar de su juventud, pues su sabio manejo de situaciones sin salida y la firmeza que demostraba en todos los escenarios, lo convirtieron en consultor ineludible ante las decisiones difíciles. Yo estuve a su lado muchas veces en las interlocuciones con órganos del Estado donde siempre me impresionaba por su claridad y su firmeza. El último proceso de interlocución en el cual participamos juntos, se dio alrededor de la insistencia del Gobierno en instalar un puesto de policía en el área de la Comunidad de Paz. Luis Eduardo redactó las primeras propuestas, cuidando de que no se lesionaran los principios esenciales de una comunidad de paz y de que no se facilitara la continuidad de las agresiones de la Policía contra los pobladores, estableciendo controles precisos y eficaces. Esta última batalla de su vida tuvo, sin duda, algo que ver con su muerte. Siempre que regreso angustiosamente a tratar de esclarecer la lógica perversa de su sacrificio, pienso que numerosos episodios de sus últimos meses en los cuales su firmeza y claridad fueron más contundentes, activaron los circuitos mortales que han anidado siempre en los órganos del Estado.

La masacre en la que fue sacrificado Luis Eduardo, el 21 de febrero de 2005, es uno de los momentos más dolorosos e intensos que he vivido junto a la Comunidad de Paz. Me fue difícil creer que la desaparición de Luis Eduardo, que me fue transmitida por teléfono hora tras hora, angustiosamente, por otros líderes de la Comunidad, con la petición apremiante de que me trasladara junto a ellos a la brevedad posible, pudiera tener ese desenlace. Cuando llegué a San José ya había evidencia de su muerte, pues su cadáver había sido hallado, devorado en gran parte por animales monteses y aves de rapiña, junto con el cadáver de su compañera Bellanira y el de su hijo de 10 años, Deiner Andrés, quien meses antes había sufrido una lesión grave en una de sus piernas, al explotar una granada dejada por el ejército en un campo de cultivo. Otra familia que habitaba en aquel núcleo rural de Mulatos y La Resbalosa, escenarios históricos de tanta barbarie perpetrada por el ejército, había sido también sacrificada el mismo día, con grados extremos de sevicia. Recordé emotivamente a Santiago, un niño de apenas 18 meses a quien un mes antes yo había bautizado, quien fue descuartizado de manera salvaje por los militares. Su padre, Alfonso Bolívar Tuberquia, descuartizado junto a él, era una de las personas a quienes yo admiraba profundamente por su firmeza y valentía, muy parecida a la de Luis Eduardo, cuando tuve ocasión de analizar con él las arbitrariedades que sufrió al ser detenido varias veces de manera ilegal.

Nunca podré recordar con frialdad, sino siempre con el corazón en la mano, aquellas jornadas de febrero de 2005. Me vienen a la memoria las indolencias y cinismos que rodearon el levantamiento y la entrega de los cadáveres; la falsedad y los montajes de las declaraciones oficiales transmitidas ampliamente por los medios masivos; la conmoción inmensa de la Comunidad de Paz que se unificaba como una sola persona en el dolor y el sufrimiento y desde allí releía todo su caminar; la Eucaristía exequial con los 8 féretros al frente y con la garganta bloqueada por la conmoción que apenas me permitió pronunciar palabras entrecortadas en aquella homilía.

No puedo ocultar que en todo este acompañamiento se ha ido entreverando y remodelando mi vivencia de fe cristiana. He sentido grandes satisfacciones cuando bautizo a niños de la Comunidad porque, a pesar de su inconsciencia, quedan como sembrados en una tierra fértil donde hay fe. Y ésta no es la asimilación de doctrinas o dogmas sino una posición existencial profunda, construida en un caminar hermoso de solidaridad y transparencia, que hace normal la convicción de que lo imposible no solo es posible sino real. Es la *fe que mueve montañas*, en el lenguaje desconcertante y desafiante de Jesús de Nazaret, y que ordena a la montaña que estorba, hacerse a un lado para que el proyecto de humanización pueda seguir su camino.

Esa fe la vi hacerse realidad particularmente en abril de 2005, cuando el Presidente Uribe le ordenó a la Policía ocupar el espacio de vida y de trabajo de San José de Apartadó, pisoteando todos los principios de una Comunidad de Paz, rompiendo unilateralmente la concertación que se venía desarrollando en torno a la ubicación y las características de un puesto de policía y tratando de obligar a una población brutalmente victimizada por años de barbarie oficial a convivir con sus victimarios. La inmensa mayoría de los integrantes de la Comunidad de Paz se desplazaron inmediatamente, dejando todas sus comodidades y los espacios construidos comunitariamente durante décadas para satisfacer sus necesidades básicas. Es difícil encontrar una Comunidad que pague esos precios por defender sus principios, sin someterse a los chantajes del poder y a la inercia de las "fuerzas mayores". ¿Cómo no percibir allí que las fuerzas de la muerte son vencidas y absorbidas por la Vida?

Javier Giraldo Moreno, S. J.  
Bogotá, Colombia, febrero de 2007-